

El nombre de un delito

Distraído, perdí la explicación sobre la destitución de Frondizi en 1962. Sé que también nombraron a Norma Penjerek y el caso de Adolf Eichmann.

Norma Penjerek había aparecido muerta con sólo quince años para alimentar versiones políticas que traían a Eichmann al presente, algo más que naturalizaba la futura intervención del Ejército. El comisario Keillis y las dos versiones: una venganza de los argentinos defensores del nazi; o bien víctima de una orgía de droga y sexo cuya descripción daba para cualquier gusto.

Un año después el *Luna Park* era escenario de una justa del saber que seguía con el asunto. En octubre de 1963, cuando Arturo Illia se hacía cargo del gobierno en medio de la indiferencia de unos, la confusión de otros y las conspiraciones generalizadas, se habló contra la corrupción, las organizaciones tenebrosas de traficantes de alcaloides y los tratantes de blancas. ¿Qué vínculo tenían con el caso Penjerek? El *Luna Park* suspende el boxeo que, según dicen, idiotiza y recibe respuestas de Alfredo Palacios, el psiquiatra Nerio Rojas, José Peco, Marco Aurelio Risolía y el abogado Ernesto Sanmartino, patrocinante de los padres de Norma Penjerek. El saber de la Academia, el Poder Judicial, la experiencia de Nerio Rojas y, en fin, la destreza del político socialista -se reía Javier- acompañan con su murga el carnaval de Illia. Y, de paso, se olvidan

de la política y excitan a los desgraciados con la historia de Laura Mussio -Lulu, para los amigos-sindicada como corruptora de menores, entregadora y afecta a las drogas.

-Tuvo su conversión al ser encerrada, más respeto, dijo Rainer. Escribe un libro -agregó- que comienza con las hermanitas religiosas que la recibieron en la cárcel. Ese encuentro le produjo una conversión: cose camisetas para reclusos varones, trabaja en otras cosas y reza cada mañana. ¿De qué trata el libro?

Como si la pregunta fuera una adivinanza respondí rápido de *los que verán a Dios* porque todavía parecía estar con Viviana en la noche en que vimos esa película.

El coronel dio por terminada la reunión; nuestras gracias ya no le causan gracia. Es lo que me pareció.

Traté, ya en Los Leones, de hacer que Rainer me aclarase el asunto, pero estaba en otra. Les decía a sus amigos que saber obedecer era mejor que saber cualquier otra cosa. Saber obedecer, pensé, es lo que le propone a los otros, porque estoy seguro de que sólo se propone mandar. En un momento dijo que el coronel, su tío, no sabía mandar. Me pareció raro que un estudiante pudiese enseñarle a un militar algo sobre el mando (supongo que Rainer, aunque le gustase decirlo, sabía que eso nada tenía que ver con la realidad).

Germán GARCÍA

Amigos son los amigos

Su voz entrecortada, su ansiedad para hablar y su mirada siempre esquiva, denotaban a un sublime hijo de puta

Al cabo de unos días Alberto se marchó. Y no era para menos. Luego del papelón aquel, nadie hubiera podido quedar indemne. Su lugar estaría lejos de la ciudad; al menos fuera de ella.

Sin embargo no le fue tan mal, pudo sobrevivir a pesar de lo sucedido, pero... ¿Podría Juan ser tan quisquilloso con su manía? Definitivamente no. De cualquier modo lo era, suficiente evidencia se revelaba al conocerlo.

Todavía recuerdo el instante en que me topé con su semblante de gente bien, pero sus gestos lo delataban. Su voz entrecortada, su ansiedad para hablar y su mirada siempre esquiva, denotaban a un sublime hijo de puta. Pese a ello, pasó a ser mi gran amigo. Y lo sigue siendo. Aunque, se va quedando solo. Al igual que yo.

En la nueva ciudad ya lo van conociendo, y más allá de su simpática manía y su modo desconcertante de ser, que a priori genera empatía, luego el velo no resiste y el tigre muestra sus garras.

Pero eso, yo lo supe desde siempre; por eso es mi amigo. O acaso ¿hay alguien que merezca tener un amigo? Alberto me tiene y yo lo tengo.

Guido COLL MOYA

La combi

El hecho habría ocurrido en la combi. Mucho se habló en diferentes ámbitos sobre el lugar, pero muy poco se habló del hecho en cuestión. Tal vez por ese motivo, el imputado salió en libertad, pero con una restricción que le impedía (y aún le impide) estar a menos de cien metros de cualquier combi.

Cuando hicieron la primera película sobre el caso, se preocuparon mucho por dejar en claro la cuestión del lugar: la combi. Cada vez que aparecía una camioneta, la imagen se ponía un poco menos nítida. Tal vez por ese detalle le dieron el Oscar a la mejor fotografía, por encima inclusive de los grandes "tanques" que compitieron ese año. Y eso lo hace más meritorio, porque hacer que una película sobre algo ocurrido en una combi le gane a un drama filmado en pleno Aconcagua, es sin dudas un logro enorme. Por eso nadie discutió el premio a mejor director, aunque sí lo hicieron cuando ganó el premio a mejor guión adaptado. El argumento para la crítica era que al ser tan buena la novela, era difícil arruinarla al hacer la adaptación. La defensa, válida también, se basaba en los resultados obtenidos con "El código Da Vinci", un best seller que al pasar a la pantalla grande se convierte en una porquería. Claro que en este caso no se trataba de un simple éxito de ventas, ya que el

El argumento para la crítica era que al ser tan buena la novela, era difícil arruinarla al hacer la adaptación. La defensa, válida también, se basaba en los resultados obtenidos con "El código Da Vinci", un best seller que al pasar a la pantalla grande se convierte en una porquería.

libro en cuestión se utiliza como libro de texto en varias de las universidades más importantes del mundo. Inclusive en una gran cantidad de escuelas de leyes se estudia el caso a partir del libro. Eso se debe a la jurisprudencia a nivel mundial que generó la sentencia. Algunos comparan ese caso con el caso de O. J. Simpson, pero a mi humilde entender esa comparación no es muy válida. En primer lugar, O. J. era conocido desde antes del juicio, cosa que no sucedió en el "combi gate", como lo llamó la prensa nacional. Tampoco generó el caso Simpson el alboroto a nivel gubernamental que generó este caso. Todavía se pueden ver en internet (en algunos sitios piratas, que aún no han sido cerrados por la justicia) los videos de "el debate de los tres días". Las imágenes de las últimas horas, con los abogados y los diputados aspirando cocaína a la vista de todos para mantenerse despiertos, es algo que llama la atención en todo el mundo. Curiosamente, cómo será la pacatería de los *yankees*, que esa parte no la pusieron en la película. Esa maldita costumbre de contarte las cosas por la mitad, dejando lo importante para la imaginación, que muchas veces nos juega alguna broma de mal gusto.

Mariano QUINTERO

Ayer fue domingo

Los domingos misa de diez y raviolos con salsa panna. Era el único día que la cocina podía quedar desacomodada sin que mi madre gritara: "Los van a comer los piojos". La pereza de la sobremesa nos llevaba a los sillones del living. En la mesa ratona esperaban los diarios, el local que cambiaba con las mudanzas, La Nación y el Clarín. Este último publicaba las recetas de Blanca Cotta que mi abuela me leía para que aprendiera algo útil. La Nación traía unas palabras cruzadas, sociales, fúnebres, moda y en la contratapa un cuento para niños.

Me pedía que hablara: "seguro que a vos te responde", argumentaba. Yo me conformaba con que me dejaran leer el horóscopo y punto, pero él quería saber.

-¿Por qué tantos diarios papá?- pregunta mi hermano cada tanto haciéndose el distraído.

-Para saber qué piensa el enemigo- ya sabíamos esa respuesta, él quería averiguar quién era el enemigo. Me miraba con los ojos brillantes desde el sofá del frente. "Dale, ahora", me decía sin hablar. Si indagaba él seguro que mi padre furioso le gritaría: "Pero sos boncha, ¿no? ¡Los enemigos son los que están en contra de la patria, cerebro de mosquito!" Suponía que, por ser hombre, entendería naturalmente de qué lado había que estar. Sobre mí caía una indulgencia, a las mujeres había que explicarles todo.

-¿Por qué las hojas de un diario son más grandes que las del otro?- preguntaba yo y mi hermano me devoraba con los ojos rabiosos.

-Porque uno está hecho para leerlo en el subte, en los colectivos y allí no hay lugar para desplegar semejantes hojas y al otro se lo lee sentado en un sillón, como corresponde.- Se acomodaba los anteojos y estimo que rogaba al Sagrado Corazón para que ya no lo interrumpiese.

Nuestro enemigo era él, seguro, porque odiaba la cebolla y temblaba con los obituarios. Mi hermano, mi único cobijo, no debía descubrirlo hasta que yo encontrara el valor para seguirlo, porque era de Virgo y se marcharía apenas se lo revelara.

Pilar ORDÓÑEZ

Me pedía que hablara: "seguro que a vos te responde", argumentaba. Yo me conformaba con que me dejaran leer el horóscopo y punto, pero él quería saber

Cachorro de león

Cuando la niña Carlota le imploró a su padre, Sir Walter Dunhil, que se llevaran con ellos de regreso a Inglaterra, a la residencia de Walshire, a la mascota del hogar, el enigmático Boby, todos pensaron que se trataba de otra de las excentricidades de una niña caprichosa, que acababa de perder a su querida mascota anterior, el elefante Bobo.

El destino de Sir Walter Dunhil en las colonias africanas le había permitido a la niña algunas liberalidades como la de tener un pequeño elefante huérfano al que alimentó desde sus primeros días, y que bautizó, según se dijo, con el nombre de Bobo.

Era gracioso ver a Bobo correr entre las tiendas de los nativos y salir envuelto en cueros y sedas, hecho un nudo con algún pañal de tela o incluso, tropezando con un bebé de color. El pequeño Bobo era bastante desobediente y cuando la niña Carlota gritaba su nombre, por lo general se hacía el desentendido. Hasta que llegó el día en que fue imposible sostener entre los Dunhil la presencia de Bobo, que ya lucía un tamaño considerable y derribaba sin inconvenientes los muros del palacio de verano del representante inglés. Entonces fue la Señorita Astrid, la institutriz austríaca, la encargada de decirle a la pequeña Carlota que su querido Bobo se había escapado, tal vez se encontrara perdido y era inútil buscarlo.

A la Señorita Astrid, que sabía que el elefante se había constituido en una de las mayores atracciones del Circo “Profesor Yirafals” en Liverpool, donde Bobo junto con un hipopótamo, una jirafa y un oso bailarín habían formado el conjunto “Los cuatro gigantes de Liverpool”, no le causaba ninguna pena ser mensajera de la mala noticia para Carlota. Y tampoco le sorprendió que el corazón lábil de la niña lograra reponerse de la pérdida para terminar depositando su cariño en el pequeño león apodado Boby.

En pocos días Boby le produjo con sus afiladas garritas un surco a la Señorita Astrid que corría desde la ceja izquierda hasta el mentón, reforzando su expresión adusta. También el pequeño felino engulló una mano de la sirvienta nativa, que entendió perfectamente que la mascota lo hizo solamente por jugar, sin mala intención.

El viaje hasta el castillo de Walshire estuvo plagado de contratiempos que no es el caso detallar. Finalmente, aquellos que creían que el deseo de la niña Carlota de contar con el león Boby en su residencia no era más que otra excentricidad, tenían razón.

Roberto GÁRRIZ

Ciclos

En esta época del año, se extienden, acolchándolo todo, las hojas secas de los árboles.

El verano puede llegar en el otoño, el invierno en alguna semana de primavera. Pero en estos días siempre es igual caminar por las veredas, pisando hojas, eligiéndolas sin recogerlas para algún proyecto de artesanía que se autoelimina del calendario personal con sólo imaginar tener que hacer espacio en la mesa, además de pegotarse los dedos, y sobre todo, después de tanto trabajar, haber arruinado la pantalla de la lámpara del living que nada de eso necesitaba.

Sin embargo, siempre aparece algo nuevo en la vida, que bien sabemos, seguramente es reciclado.

Supuse en un momento que por algún criterio de represión se habrían prohibido las mujeres de batón con escoba en la mano. No se las vio durante mucho tiempo por ningún lado. Y también sus vecinas que, de camino al almacén, se les plantaban adelante, conversadoras, la mañana entera. Convocadas por ocios clandestinos, amotinadas, todas ellas juntas pero astutamente apostadas a dúo en sitios clave, perimetrales de la ciudad, cometían, lenta y pertinazmente, la erosión irreversible del hormigón engañosamente eterno, de las baldosas traídas de una Francia que ya no podía darse aires de modelo, de los mármoles de Carrara del umbral de los zaguanes que tal vez ellas mismas, de jóvenes, habían entibiado con el corazón en la boca y un pañuelito pronto al adiós de otro buen partido. Combatientes, demoledoras como pocas, nunca fueron nombradas en las páginas que se dedican a mostrar mujeres célebres.

Han vuelto. Aunque intenten camuflarse con un saquito polar, más canchero, han vuelto, están aquí. Están las que simulan pasear al perro, pero deben ser de logística, porque es claro que el perro no disfruta, van tironeados, casi flameando, sin tiempo para conocer territorios -de marcarlos, ni hablar-, el collar les ajusta y van muy despeinados, hasta rastas se les hacen.

Pero han vuelto, sí. Las más conservadoras siguen usando sus batones de batalla, pero debajo les sobresalen unas calzas o un jogging pescador, si son más tímidas. Sin embargo todas, indefectiblemente, y eso las delata en esta nueva acometida, optaron al unísono por sustituir sus pantuflas de raso que antaño escupieran motas de gomaespuma desintegrada, por modernas sandalias tipo Crocs.

Nora MARTÍNEZ

Año VI - Mayo 2012- Número 69
Muestra gratis

web: www.odradek.com.ar
blog: www.odradek-odradek.blogspot.com
correo: domiciliodesconocido@odradek.com.ar

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*
- *Odradek- dice él.*
- *¿Y dónde vives?*
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

Franz Kafka

Atención al cliente

Entré a los tumbos, llevándome por delante a una señora viejísima que justo salía de ahí. Esperaba encontrarme con un cuartucho mal iluminado y atestado de clientes con ansias de ser atendidos pero en realidad la oficina era amplísima y estaba impecable, brillaban el piso blanco, las paredes blancas, los escritorios blancos y los uniformes de las dos empleadas prolijamente peinadas que ni me vieron entrar. En cuanto a los clientes éramos únicamente tres. Los dos que estaban primero parecían un poco impacientes; uno bastante mayor que yo -de cincuenta y pico, calculé- miraba la hora en su celular y resoplaba, el otro, un septuagenario, tamborileaba en el apoyabrazos del sillón también blanco e impecable. Saqué un número, me tocó el 22. Busqué el clásico display con luces rojas en el que van saliendo los turnos. Según el aparato el último atendido había sido el 18. Miré entonces a las empleadas: una fijaba la vista en la pantalla de la computadora y movía el mouse, la otra nos daba la espalda y ojeaba alternativamente dos pilas enormes de papeles que se alzaban sobre una mesita. Tomé asiento y traté de descifrar disimuladamente los números que arrugaban entre los dedos los clientes que me precedían. Vi claramente que el cincuentón llevaba el 21 y que el del viejo terminaba en cero por lo cual supuse que tendría el 20, pero entonces ¿quién tenía el 19? El 19 se fue -me dije-, se descompuso, o se acordó de algo, o se arrepintió, o simplemente se cansó y se fue. Me

En cuanto a los clientes éramos únicamente tres. Los dos que estaban primero parecían un poco impacientes; uno bastante mayor que yo -de cincuenta y pico, calculé- miraba la hora en su celular y resoplaba, el otro, un septuagenario, tamborileaba en el apoyabrazos del sillón también blanco e impecable. Saqué un número, me tocó el 22.

di ánimo pensando que éramos pocos, que enseguida llamarían al 20 y al 21 y que después me tocaría a mí. Pero la escena se detuvo y permaneció idéntica por horas (¿días? ¿años?): ninguna empleada llamó a nadie y nosotros no hicimos más que esperar, atornillados a los silloncitos, observando la danza monótona e íntima de las uniformadas. De repente todo sucedió a la vez: las secretarías se movieron bruscamente, cruzaron miradas y pispiaron el display, una de ellas presionó un botón invisible y sonó el musical tun-tún llamando al inexistente 19. El septuagenario se apoyó como pudo sobre el sillón y comenzó a hacer piruetas torpes para desentumecerse y ponerse de pie, el tipo de mediana edad metió su celular en un bolsillo y se colgó el bolso sin despegar los ojos del 19 rojo, deseando verlo convertido en 20 y rápidamente en 21. Una chica, bastante menor que yo, se acercaba a la puerta; llegaba una nueva clienta. Respiré hondo de la emoción. Parecía que el tiempo volvía a discurrir en la oficina de atención al cliente y hasta sentí una brisa producto del movimiento de los actores que integrábamos el cuadro. La recién llegada sacó un número, se acomodó en un silloncito, observó las luces rojas que indicaban el turno, luego miró a las empleadas, tan atareadas con sus cosas como antes. El viejo que en vano había logrado levantarse con un gran esfuerzo, aprovechó el envión y abandonó la escena. Fue entonces cuando, nuevamente, todo se estancó.

Yanina BOUCHE

El cascarudo

Al cascarudo se lo vio por Recoleta. Como uno más. Justo en esta época en la que misteriosamente emergen otros, buscando la epifanía del momento de la fornicación.

El insecto en cuestión, sospecha que ese destello en la ingle está condicionando sus movimientos de estertor epiléptico, con el mero objetivo de exhibir las pinzas lustrosas hacia alguna cascaruda; ostenta erecto el órgano con que busca el culo de la cascaruda, diseñado con una espina en el prosterno que genera un chasquido al oído humano, pero una obertura para la cascaruda; si afinado, el cascarudo incrustará medio milímetro en el cuerpo indescifrable de la cascaruda y habrá descubierto la relatividad de las formas, por un efecto de licuefacción dentro de ese cuerpo efímero, breve, metálico.

Pero este cascarudo, tiene nombre, se llama Gregorio, al presente cuenta con púas, un cuerpo al que le cuesta acomodarse en el espacio, ahora nocturno, psicófago, literario y malherido de eternidad, se encuentra desconcertado ante la extraña metamorfosis de la cascaruda a la que en vez de reconocerla como una especie de elátero, semejante a sí mismo, la mira desde una dimensión de gran angular, apuntándole con un enorme zapato de erótico tacón aguja.

Ana ABREGÚ